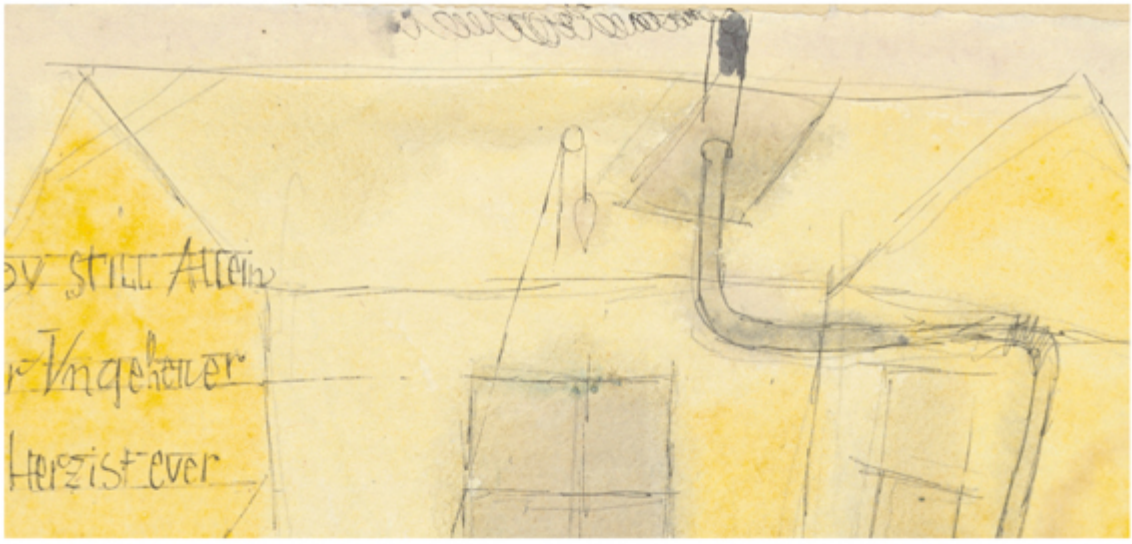


Pablo d'Ors
Contra la juventud



Galaxia Gutenberg

PABLO d'ORS

Contra la juventud

Galaxia Gutenberg

001-424 Contra la juventud.indd 5 27/11/2014 15:44:44

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2015

© Pablo d'Ors, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: CAYFOSA - Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpètua de Mogoda
Depósito legal: B 26115- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-25-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

001-424 Contra la juventud.indd 6 27/11/2014 17:37:22

Para Dinorah Frómeta

001-424 Contra la juventud.indd 7 27/11/2014 15:44:44

Sólo deberíamos leer libros de los que muerden y pinchan. Si el libro que leemos no nos despierta de un puñetazo en la cara, ¿para qué leerlo? ¿Para que nos haga felices? No, lo que necesitamos son libros que caigan sobre nosotros como un golpe dolorosísimo [...]; un libro tiene que ser un hacha que abra un agujero en el mar helado de nuestro interior.

Kafka

001-424 Contra la juventud.indd 9 27/11/2014 15:44:44

Dramatis personae

Eugen Salmann, el protagonista

Hanna Freund, muchacha
Klára Klenka, dama
Karla Simoníček, cocinera
Dinorah Fromm, bibliotecaria

Kašpar Koval, viejo pintor
Martin Trojan, vecino maquetista
Ludmila Štěpánka, casera
Jiří, adolescente
Dušek, esbirro
Pol Bo, ingeniero doméstico

Donovan, funcionario
Leopold Eppe-Gluck, editor
Hans Küng, teólogo
Petr Krausz, novelista
Láska, su perro

001-424 Contra la juventud.indd 11 27/11/2014 15:44:44

Y además: Jaroslav Štěpánek, el casero; Franz Kafka, Milan Kundera, Ivan Klíma y Josef Škvorecký, novelistas; Ludvík, Zemánek y el profesor Unrat, personajes; Vintr, funcionario; Jan Palach, estudiante inmolado; la pequeña Hanna, niña; la segunda Hanna, chica; Vincent, hijo soñado; Jan, hijo del esbirro; František Krausz, director de escena; Schillebeeckx, Tillich, Melloni y Sánchez Noriega, teólogos; Weizsäcker, Dupuis y Mettesacker, teólogos inventados; Anke, Christa y Sara, novias; un violinista callejero; una anciana de falda cuadrada; un tipo de mediana edad; una chica vestida de rojo; señoritas bellas y esculturales; una señora que canta; un hombre calvo; su nieto con el síndrome de Down; un señor de barba rubia y prieta; superiores y colegas de Stifter; y el grupo de los carismáticos.

001-424 Contra la juventud.indd 12 27/11/2014 15:44:44

Escenografías

Kačerov, casa de los Štěpánek y habitaciones alquiladas
Casa-Koval, en Václavské náměstí
Chez Viola, hostal en la carretera de Karlovy Vary
Zona arbolada en Vyšehrad
Residencia de estudiantes en Vinohrady
Cuartito dostoievskiano
Vivienda de los Simoníček, en Bartolomějská
Biblioteca, en el distrito de Malá Strana
Apartamento perfecto de Dinorah
Editorial Eppe-Gluck, en la Pařížská
Restaurante tailandés, en Křivoklát
Oficina de Donovan, en U Nikolajki
U Fleků, cervecería

Y además: centro comercial de Budějovická; el callejón de Na pláni; la calle de U Klavírky; las avenidas Xaverlova y Národní třída; los metros de Staroměstská, Můstek y Anděl; el teatro negro del Národní Divadlo; una cervecería *art nouveau* en el gueto de Josefov; las Assicurazioni Generali; un tren expreso y la ciudad de Berlín.

001-424 Contra la juventud.indd 13 27/11/2014 15:44:44

Acto 1

Las ficciones peligrosas

Punto de partida

1. Kafka en Kačerov; 2. Rascar en la oscuridad; 3. Los transeúntes y el policía; 4. El funcionario Donovan; 5. El proceso; 6. Obligada ociosidad; 7. Paseos por Praga; 8. Condiciones inmejorables para la escritura; 9. Entrenamiento del narrador; 10. La guerra de las naranjas; 11. El vacío y el frío; 12. La plaga; 13. En construcción; 14. Espiando a Martin Trojan; 15. La broma; 16. Círculo de oración; 17. La trampa del mundo; 18. El predicador y sus mujeres; 19. Lo sublime y lo grotesco; 20. Recital de poesía.

001-424 Contra la juventud.indd 15 27/11/2014 15:44:44

–¿No quieres incorporarte a nuestro grupo? –me preguntó hace poco un conocido mío cuando me encontró solo, a medianoche, en un café que ya estaba casi vacío.

–No, no quiero –dije.

KAFKA

Praga no me suelta. Es una madrecita con garras.

KAFKA

Ojalá bastase con poner allí una palabra y uno pudiera darse la vuelta con la tranquila conciencia de haber llenado completamente de sí mismo esa palabra.

KAFKA

Casi siempre aquel a quien uno busca vive al lado.

KAFKA

001-424 Contra la juventud.indd 17 27/11/2014 15:44:44

1

Así que después de muchos años ha decidido contar qué demonios le pasó en Praga. Cuando echa la vista atrás, a quien primero recuerda es a Ludmila Štěpánka, su casera. Fue ahí donde comenzó todo. Conforme se aproximaba al que sería su alojamiento durante los nueve meses que vivió allí, Eugen Salmann fue diciéndose que en ningún caso se hospedaría en un sitio tan alejado del centro y, por si esto fuera poco, situado en una colina desde donde se divisaba una autopista. A los pocos minutos de haber conversado con la señora Štěpánka, sin embargo, ya había alquilado esa habitación: la casa de los Štěpánek le gustó más de lo que había imaginado, en particular por su amplitud y por la independencia que le proporcionaba. Los propietarios no alquilaban únicamente un cuarto, como se anunciaba en el recorte de prensa por el que se había enterado, sino todo el piso superior: un dormitorio, un baño, un recoleto y gracioso salón y una cocina americana. Al ver todo aquello, su idea de no vivir lejos del centro se esfumó, y Eugen decidió que se instalaría allí de inmediato.

Descorrió las cortinas y le agradó la visión de la colonia en que se enclavaba la vivienda, poco más o menos la misma que minutos antes tanto le había disgus-

001-424 Contra la juventud.indd 19 27/11/2014 15:44:44

tado desde la calle. Acto seguido reparó en el escritorio que había en un rincón y se imaginó a sí mismo ahí, escribiendo su primera gran novela. Fue esto lo que le impulsó a acordar los términos de su estancia y a pagar el primer mes y la fianza. Supuso que su casera y él se estrecharían la mano, para sellar simbólicamente lo que acababan de formalizar. No fue así.

–¿Quiere una naranja? –le dijo ella, al tiempo que le ofrecía una, singularmente brillante.

Para no desairarla, Eugen la cogió y se la guardó en el bolsillo.

–¿Otra? –le preguntó ella, y volvió a ofrecerle una, tan grande y lustrosa como la anterior.

–¡No, no! –contestó él; pero la mano de su casera seguía extendida y, ante su insistencia, Eugen no pudo rechazarla.

Aquella segunda naranja también se la guardó y, tras hacerlo, miró a Ludmila Štěpánka por primera vez con verdadero interés. Tendría unos sesenta años, sesenta y cinco a lo sumo. Vestía un delantal a rayas y, al sonreír, dejaba ver unos dientes muy amarillos.

Este asunto de las naranjas tiene su importancia, pues mientras Eugen fue su inquilino, aquella mujer le fue dejando puntualmente en la puerta de sus habitaciones un cesto con unas cuantas. Todavía más: insatisfecha con aquel gesto de hospitalidad, cada vez que el joven tocaba a su puerta, fuera para pagar el alquiler o por cualquier otra razón, la Štěpánka –como él comenzó a llamarla en su fuero interno– le ofrecía una. Eugen no tardó en comprender que se encontraba ante una auténtica fanática de las naranjas, por lo que siempre aceptó cuantas le ofreció, si bien rara vez las comía.

El acuerdo fue sólo económico, no jurídico; tras asegurarle que se fiaba completamente de él, ella le entre-

001-424 Contra la juventud.indd 20 27/11/2014 15:44:44

gó las llaves de su casa, demasiado grandes para que resultaran cómodas en el bolsillo de un pantalón. Es posible que fuera ése el momento, o acaso un poco antes, cuando lo de las naranjas, cuando el espíritu de Franz Kafka eligiera al protagonista de esta historia para descender sobre él.

Ludmila Štěpánka le sonrió, dejándole ver una vez más tanto su arruinada dentadura como algo que no era simple cordialidad o espíritu de acogida, sino... ¿compasión? Sí, compasión, o algo muy parecido que provocó que Eugen, hasta ese instante desenfadado y jovial, comenzara a sentirse mal, muy mal. Tuvo que sentarse. Había comenzado a faltarle el aire.

Aún no era mediodía pero de repente oscureció como si la luz del exterior pudiera apagarse con un interruptor. Štěpánka intuyó que su inquilino necesitaba estar solo y pidió permiso para ausentarse. A solas al fin, Eugen volvió a descorrer las cortinas y a mirar por la ventana. Los coches pasaban a gran velocidad por la cercana autopista. Se sentía abatidísimo. La idea de tener que regresar al hotel para recoger sus maletas, pedir un taxi y volver al barrio periférico en el que había decidido vivir, se le antojó un esfuerzo formidable. Había empezado a sudar.

La casera tocó con los nudillos a su puerta y entró con un cesto de naranjas muy brillantes que depositó sobre la repisa de la cocina. Luego, antes de retirarse, le aseguró que podría encargarse de su colada por un módico precio, si es que así lo deseaba. Cuando Eugen movió ligeramente la cabeza, lo que ella interpretó como asentimiento, se acercó a él y, con impropia familiaridad, le revolvió el cabello. Se la veía muy feliz de que aquel joven berlinés hubiera aceptado los términos de su alquiler.

001-424 Contra la juventud.indd 21 27/11/2014 15:44:44

Eugen quedó con la vista perdida en la autopista, por donde los coches seguían circulando a gran velocidad. Ni que decir tiene que aún no podía saber que el culpable de todo lo que había empezado a sucederle era el mismísimo Franz Kafka.

En el otoño de 1991, con veintiséis años recién cumplidos, yo, Eugen Salmann, viajé a Praga con la intención de quedarme a vivir allí durante una larga temporada. El muro de Berlín había caído y la agencia en que trabajaba –ávida de encontrar nuevos mercados– había decidido expandirse y abrir nuevas filiales en el este europeo. Con una ilusión que ahora, catorce años después, no dudo en calificar de incauta, el jovencito que yo era por aquel entonces se prestó como voluntario. Estaba persuadido de que en el extranjero iba a vivir una gran aventura, una verdadera aventura. Así que expidió la solicitud y se alegró muchísimo cuando supo que, entre todos sus compañeros, publicistas tan prometedores como él, sólo la suya había sido aceptada. Sí, son muchos los que dicen amar las aventuras, pero muy pocos quienes realmente las aman.

Ni que decir tiene que a Eugen no le animaba el afán expansivo de Stifter, la agencia para la que poco antes había empezado a trabajar, sino la peregrina idea de lo mucho que le convenía a alguien como él, con aspiraciones literarias, vivir en la ciudad de Franz Kafka. ¿Aspiraciones literarias? ¿Kafka?

De Kafka, a decir verdad, sólo había leído un par de libros, y ni siquiera los había entendido bien. Kafka era grande para él por lo que representaba, no por lo que había escrito. Lo decisivo era que también Eugen deseaba ser grande, como el escritor checo; de ahí que

001-424 Contra la juventud.indd 22 27/11/2014 15:44:45

considerase oportuno, casi imprescindible, pasar una temporada en la atmósfera que el propio Kafka había respirado allá a principios de los años veinte, cuando era un abogado que por las mañanas trabajaba en las oficinas de las Assicurazioni Generali y por las noches, desesperado, emborronaba sus papeles. Suena pueril, claro; pero al igual que ha habido escritores que viajaron a París para vivir allí su particular experiencia iniciática, Eugen se fue a Praga. Albergaba la esperanza de que se le contagiase algo del autor de *La metamorfosis*, y que en aquella ciudad pudiera escribir esa novela que llevaba años proyectando y que en Berlín, donde había nacido, no había sido capaz más que de empezar.

Porque desde su adolescencia, pese a no haber escrito más que unas pocas cuartillas, Eugen se había dicho que debía ser escritor, que deseaba serlo y que ése era su destino. No hay de qué sorprenderse: como es bien sabido por quienes lo desempeñan, la literatura es probablemente el único oficio que permite presumir de formar parte de ese gremio sin apenas algún mérito. Así que el 27 de septiembre de 1991 y sin haber escrito apenas nada, Eugen aterrizó en Praga. No sabía que había viajado a esa ciudad para vivir la novela que un día tendría que escribir. Me explicaré.

Ignoro si lo que llamamos kafkiano –una curiosa mezcla de absurdo, decadentismo y horror– extiende sus poderosas alas sobre cualquier extranjero que decida habitar en Praga o si únicamente sobrevuela sobre aquellos que se consideran agraciados con la vocación a las letras. Pero lo que de hecho sucedió fue que, al poco de haber alquilado un cuarto en el periférico barrio de Kačerov, junto al centro comercial de Budějovická, aquel joven que yo era comenzó a sentirse como si una sombra maléfica y de incalculables proporciones se ex-

001-424 Contra la juventud.indd 23 27/11/2014 15:44:45

tendiera sobre su alma, dificultándole la respiración. Ése fue el primer síntoma, luego vino lo peor.

Me estoy viendo en aquel otoño con las manos al cuello, en busca de una bocanada de aire fresco; o precipitándome a la ventana, para aliviar la horrible sensación de asfixia; o caminando muy despacio por el centro, consciente, ya entonces, de lo mucho que me estaba pareciendo al propio Kafka. Porque esto es lo primero que debe decirse de Praga: que forma junto a Kafka una simbiosis tal que no sabe uno si ha sido la ciudad quien ha forjado al escritor o éste quien ha dejado en ella, en virtud de su prosa, el fatídico halo de la imposibilidad. Pero todas estas consideraciones de poco o nada sirvieron al veinteañero Eugen Salmann, sobre quien el espíritu kafkiano se extendió hasta el punto de sumirlo en ese pozo oscuro que coloquialmente llamamos melancolía o depresión. En estas páginas explicaré cómo y por qué.

2

Un libro sobre Praga o, al menos, ambientado en Praga, no puede ser más que un libro sobre Kafka o, al menos, con el espíritu de Kafka. No puede extrañar por tanto que aquella misma noche, la primera en casa de los Štěpánek y la segunda en la ciudad, Eugen tuviera lo que muy bien podría designarse como una experiencia kafkiana. Al acostarse y apagar la luz, se dio cuenta de lo oscurísimas que eran las habitaciones que acababa de alquilar. Fuese porque no brillaba ni una estrella o porque el alumbrado de aquel barrio era, de existir, más bien escaso, su alojamiento se le antojó como boca de lobo. Que recordase, nunca ha-

001-424 Contra la juventud.indd 24 27/11/2014 15:44:45

bía estado en una oscuridad tan completa. Para orientarse, para cerciorarse de que él seguía ahí, en medio de aquellas tinieblas, movió sus manos a pocos centímetros de su cara: nada, ni siquiera eso podía distinguir; no había diferencia entre tener los ojos abiertos o cerrados. La imposibilidad de acceder a una vida interior –puesto que todo se había convertido en interior, o todo en exterior– le desconcertó hasta dejarle sin puntos de referencia: resultaba indiferente estar en una cama de Praga, como de hecho estaba, o en la suya de Berlín, en un cuarto alquilado en la República Checa o –¿por qué no?– en el castillo encantado de alguna de las muchas novelas que leía. Aquella súbita pérdida de ubicación y, en último término, de identidad, podía ser algo así como un presagio, pensó. Y no se equivocaba.

De pronto, sin previo aviso, un intenso e irresistible picor le atormentó en brazos y piernas. La sensación era la de que cientos de bichitos habían empezado a recorrer su cuerpo de abajo arriba. Eugen se precipitó a encender la luz y, claro, no había ningún bichito; era sólo su imaginación. «Es sólo mi fantasía», se dijo en voz alta de nuevo a oscuras. Pero aquella voz suya le sonó muy rara, lo que no era algo como para maravillarse: si en aquella oscuridad él no era quien había sido hasta entonces, ¿cómo sorprenderse de que también su voz le resultara desconocida?

De aquella primera noche en adelante, en cuanto se acostaba y apagaba la luz, Eugen sentía que todo lo vivido durante la jornada se había encaminado precisamente hacia ese instante en que se había acostado y apagado la luz. En la oscuridad de sus habitaciones,

001-424 Contra la juventud.indd 25 27/11/2014 15:44:45

todavía con los ojos abiertos e incapaz de diferenciar lo de dentro de lo de afuera, ese aprendiz de novelista que protagoniza esta novela evocaba las imágenes más relevantes del día: las observaba como si no conociera su desenlace, es decir, como si quien ahora era el espectador no hubiera sido poco antes su protagonista. Horas después, al despertar, no siempre tenía claro que abría sus ojos en Kačerov, bajo un cálido edredón de plumas.

Antes de asearse y de vestirse, desde aquella primera mañana Eugen tomó la costumbre de pasearse un rato por su cuarto como en una visita de reconocimiento: «Mesa, cama, albornoz», decía primero; «vaso, espejo, interruptor», decía después; «lápices, cojines, persianas, moqueta»... Nombraba las cosas que le rodeaban, las designaba para reconocerlas. Era como un pequeño dios con la necesidad de crear cada día su pequeño mundo. Solamente cuando se había familiarizado con los objetos que le rodeaban, entraba en el baño a darse una ducha. «Ducha», decía también, y abría el grifo; y era entonces, en el instante en que el chorro del agua golpeaba sus hombros, cuando para él comenzaba su jornada.

3

Jaroslav Štěpánek, su casero, le vio salir aquel primer día de la casa y, como haría siempre desde entonces, alzó sus manos y le saludó desde su ventana, un poco al modo en que suele hacerlo el papa desde su balcón del Vaticano. Eugen le devolvió el saludo y, durante el trayecto en metro, se quedó evocando aquella beatífica despedida. No tenía su primera entrevista de trabajo hasta la mañana siguiente, con lo que podía dedicar el

001-424 Contra la juventud.indd 26 27/11/2014 15:44:45

día a darse un paseo para conocer un poco la que en adelante iba a ser su ciudad.

Fue como si lo estuviese viendo todo por primera vez, como si fuera en Praga donde le hubieran echado al mundo. Esto es totalmente exacto, pues fue allí, en Praga, donde Eugen nació de nuevo y donde para él comenzó lo que puede llamarse vida adulta.

Una vida adulta no puede iniciarse más que como desengaño de una joven. Porque los jóvenes, y aquí apenas hay excepciones, se toman a sí mismos demasiado en serio. Es en eso, precisamente, en su seriedad, donde revelan su juventud. El humor, el verdadero humor, es incompatible por ello con la juventud. Sí, humor y juventud son términos antagónicos. O, dicho de otra forma: el joven cree demasiado en sí mismo; no ha tenido todavía la experiencia de la decepción. Y precisamente en ésas estaba mi querido Eugen en septiembre de 1991: nadie le había explicado las reglas del juego; le habían puesto ante un tablero y le habían dicho que tirase los dados. Cuando pienso en el joven que yo era hace catorce años, es así como me veo: como a un niño ante un juguete que le acaban de regalar y que, por no entenderlo, no sabe ni cómo ponerlo en marcha.

Porque vamos a ver, ¿cuántas horas llegaría a pasar Eugen por Malá Strana, caminando? ¿Cuántas por Vyšehrad, su barrio favorito? ¿Cuántas recorriendo el puente Carlos y pensando en esa novela suya que deseaba escribir a toda costa? Paseaba con ansiedad y con melancolía. Con ansiedad porque pretendía registrarlo todo en su memoria de novelista. Con melancolía porque aún no era quien anhelaba ser. Caminaba por Praga como lo habría hecho por un bosque en el que se hubiera perdido: adentrándose en la oscuridad, siempre más impenetrable, y cons-

001-424 Contra la juventud.indd 27 27/11/2014 15:44:45

ciente de que, si perdía el rumbo, la consecuencia podía ser fatal.

La oficina del señor Donovan, nombre del primer funcionario que accedió a recibirle, estaba en U Nikolajki, no lejos de la estación metropolitana de Anděl. La noche anterior a esa entrevista, Eugen había consultado un callejero que su casera le había dejado a la puerta de su cuarto junto con dos camisas planchadas, alguna ropa interior y el ya habitual cestillo de las naranjas. Pese a que previsoramente se había dibujado un mapita de la zona, Eugen tomó la calle Na Václavce en lugar de la de Na Březince, que era la que debía figurar si su plano era correcto. Poco después dio con U Klavírky, que tampoco estaba en su mapa, para desembocar enseguida en la plaza de Santoška, donde un violinista, cuyo aspecto era el de un intelectual venido a menos, arrancaba de su instrumento una melodía arrebatadora.

Con aquella música de fondo, Eugen giró el mapita a izquierda y a derecha, dándole por completo la vuelta, con la esperanza de que todo se le hiciera más claro desde esta nueva perspectiva. En vano: lo mirase por donde lo mirase, la plaza de Santoška no estaba en su mapa, como tampoco el callejón Na pláni, adonde luego fue a parar, y mucho menos una avenida llamada Xaverlova, donde se decidió a preguntar, temeroso de llegar tarde a su primera cita.

–¿Me permite una pregunta? –le dijo a un transeúnte.

Pero ni aquel individuo ni el segundo al que también se animó a preguntar, se dignaron a mirarle. ¿Tendrían prisa? ¿Desconfiarían de él por ser extranjero? No, no era eso. Se trataba simplemente de que los checos, al menos en el 91, eran así: encapsulados y recelosos, her-

001-424 Contra la juventud.indd 28 27/11/2014 15:44:45

méticos. Ahora, con el capitalismo, han cambiado. Pero cambiar les ha costado una generación.

La siguiente persona a quien Eugen abordó fue un policía.

–¿Pretende usted que yo le indique el camino? –farfulló aquel agente con cara de pocos amigos–. ¡No me haga reír! –y se dio media vuelta, dejando a Eugen literalmente clavado en el sitio.

¿Qué clase de ciudad era aquélla –volvió a preguntarse Eugen– en la que los policías reaccionaban así? ¿Cómo justificar semejante actitud, tan hostil? Eugen era aún demasiado joven para saber que el sentimiento de soledad, tan acerado en la juventud, es en el extranjero donde suele alcanzar sus niveles más dramáticos.

Tras deambular infructuosamente durante un buen rato, una viejecita de aspecto apacible se detuvo ante él. Iba vestida con una falda negra que le caía muy recta y, tras escuchar la pregunta de Eugen, se le quedó mirando en silencio, fijamente. Quizá no comprendiera bien el inglés, por lo que Eugen probó en alemán. Nada, la vieja de la falda cuadrada seguía sin comprender.

Eugen extrajo su detallado mapa y lo extendió ante la viejecita, quien sólo entonces dejó en el suelo su bolsa de la compra, de donde sobresalían una barra de pan y algunas verduras. La mujer estudió el mapita con gran detenimiento, como si se tratara de un problema matemático de difícil solución, mientras que Eugen le señaló la calle a la que pretendía ir y pronunció su nombre como buenamente pudo: «U Nikolajki», dijo, y miró a la vieja implorando comprensión. Nada: un silencio de al menos dos minutos, largo y tenso, y una sonrisa de difícil interpretación.

Un tipo de mediana edad pasó en aquel instante junto a ellos y, como la viejecita, se detuvo espontánea-

001-424 Contra la juventud.indd 29 27/11/2014 15:44:45

mente a su vera, hizo un ademán con el que pidió permiso para tomar el mapita y, con visible interés, lo estudió al igual que poco antes lo había hecho la mujer, como si se tratara de un problema matemático de difícil solución. La sorpresa de Eugen fue mayúscula cuando aquel hombre le entregó el mapita y se alejó de ellos tan silenciosamente como había venido.

Con su mapita en la mano, que todavía estimaba de alguna utilidad, Eugen dejó atrás a la vieja, temiendo que también ella, al igual que su casera, se tomara demasiadas confianzas y le revolviera el cabello en un gesto inequívocamente maternal.

4

Eugen temía que los nuevos transeúntes a quienes hubiera podido abordar reaccionasen de una manera más inesperada aún, de modo que continuó caminando por aquel desconocidísimo barrio hasta que, milagrosamente, dio con la calle que buscaba. Por fortuna había llegado a la hora convenida, y hasta tuvo tiempo para admirar lo bellísimas y esculturales que eran todas las mujeres que entraban y salían del edificio. Ni una excepción, todas guapas, como si se tratara de una agencia de modelos.

Una señorita vestida de rojo, tan atractiva y escultural como todas las demás, le estaba esperando en el recibidor y le acompañó por pasillos muy largos a gran velocidad. Durante el trayecto, sorprendentemente largo, Eugen oyó risas y, por un momento, creyó que algunos de los empleados de aquellas oficinas se habían conchabado y escondido tras las puertas para desde allí espiarle y mofarse de él. La señorita de rojo le indicó

001-424 Contra la juventud.indd 30 27/11/2014 15:44:45

por fin una desvencijada butaca de plexiglás, donde le hicieron esperar algunos minutos.

Mientras aguardaba, Eugen reparó en esas partículas de polvo que hay a veces en el aire y que el sol, bajo ciertas circunstancias, permite distinguir. Contempló esas motas suspendidas hasta que se atrevió a extender la mano para tocarlas y, poco después, confiando en que nadie le observara, a introducirse en ellas como quien decide darse un baño. Mientras lo hacía pensó que todo está muy cerca de nosotros, pero que sólo lo distinguimos algunas veces, pocas; y pensó también que casi nadie se atreve a tocar o a meterse dentro de las cosas –como él mismo acababa de hacer– para ahí, con los ojos bien abiertos, simplemente respirar y gozar de estar vivo.

Cuando tomó asiento ante el funcionario Donovan, éste apoyaba pacíficamente sus brazos en su gran mesa de oficina, desoladamente vacía. Donovan llevaba unas grandes gafas cuadradas de pasta negra, lo que puso a Eugen, sin otro motivo, claramente en su contra. Tampoco ayudó que la corbata que aquel funcionario lucía en su cuello fuera de colorines y de nudo ancho, no discreta y de nudo pequeño, que era como a Eugen le gustaban. De modo que tanto por las gafas como por la corbata, Eugen supo desde el principio que lo mejor, tanto para aquel tipo como para él, era terminar aquella entrevista lo antes posible.

Sin musitar palabra, Donovan sacó de uno de los cajones de su escritorio un papelito en el que había una sola palabra escrita: Stifter. Eugen interpretó el gesto correctamente y se puso a explicar, naturalmente en alemán, los motivos que le habían traído hasta Praga y a contactar con el tipo que tenía en frente.

001-424 Contra la juventud.indd 31 27/11/2014 15:44:45

Mientras le escuchaba, Donovan estuvo jugando con unas gomitas de pelo que pasaba de un dedo al otro tras estirarlas y enrollarlas con llamativa habilidad. Pese a lo mucho que le distraía todo aquel movimiento de gomitas, tensadas hasta su límite, Eugen consiguió llevar su discurso hasta el final. Pero sucedió lo inevitable: una de aquellas gomitas saltó inesperadamente de los dedos de aquel silencioso funcionario para golpearle de lleno en la nariz.

–Disculpe –se excusó él–. Estoy desolado.

Pero no, no parecía estarlo, pues su sonrisa le traicionaba y revelaba lo mucho que le divertía lo que acababa de suceder.

Donovan se tomó su tiempo antes de intervenir. Dado que tanto la invitación a entrar en su despacho como la de tomar asiento y la de comenzar a hablar se habían producido mediante un ademán simple y marcial, por un instante Eugen temió que también aquel funcionario fuera mudo, como los transeúntes a quienes había abordado poco antes. No fue así. Tras un larguísimo silencio, se dirigió a él de forma rápida y resolutiva. Donovan dijo que estudiarían su propuesta y que consultaría aquel asunto con los de arriba. Ésa fue la expresión: los de arriba, acompañada de un dedo apuntando al techo. Dijo que tendría noticia de ellos, aunque no podía precisarle cuándo; y le dijo también, para terminar, que mientras tanto confiaba en que Praga le tratara bien y pudiera disfrutar de sus múltiples y atractivas ofertas culturales.

Alguna relación debía existir entre todas aquellas palabras que aquel individuo profería y el lóbulo de su oreja, puesto que siempre que concluía una frase, justo antes de iniciar la siguiente, se lo tocaba durante algunos segundos. Era como si fuese de ahí, de aquel lóbulo, de donde

001-424 Contra la juventud.indd 32 27/11/2014 15:44:45

extraía sus ideas. Luego, para terminar, extendió su brazo y estrechó la mano de Eugen con notable energía.

Al salir, un joven estaba sentado en la misma butaca de plexiglás en que poco antes Eugen había estado esperando. Podía tratarse de un agente de otra empresa, de Volkswagen, por ejemplo; o incluso de otro empleado de Stifter, aunque de otro país, acaso húngaro. Eugen sintió de repente el imperioso deseo de dirigirle la palabra y, todavía más, de hacerse su amigo. Pero no lo abordó, y se comportó como si no estuviera completamente solo en la ciudad.

Poco después salía del edificio, convencido de que ni Donovan ni nadie de aquellas oficinas le llamarían jamás. Porque Eugen tenía por aquel entonces veintiséis años y, a pesar de que se había dejado crecer la barba precisamente para parecer mayor, durante aquella época tenía el aspecto de un adolescente en apuros. Y ¿quién en su sano juicio hace caso a un mocoso de veintiséis años?

5

Aquella noche Eugen soñó que el funcionario Donovan le concedía una nueva entrevista y que, si bien su desazón para encontrar el edificio y las risitas que se escuchaban tras las puertas eran las mismas que las de la mañana, en esta ocasión no fue acompañado por una escultural azafata, sino por un señor más bien bajo y feo, prácticamente la antítesis de la señorita de rojo.

Para acceder a la sala en la que fue recibido, tuvo que subir unas escaleras cuyos peldaños eran bastante más altos de lo normal y, una vez en ella, distinguió una mesa alargada cubierta con un mantel de color morado. Allí, como si fuera un tribunal, le esperaban tres

001-424 Contra la juventud.indd 33 27/11/2014 15:44:45

mujeres. Una de ellas, presumiblemente la presidenta, era nada menos que Ludmila Štěpánka, su casera.

–Tenemos prisa –le dijo a modo de saludo la mujer de la derecha.

–Sí, sea breve –le dijo la otra, la de la izquierda, visiblemente más inquieta que las otras dos.

Se desplazaba de un lado al otro de la larga mesa tras la que estaba sentada gracias a una silla de ruedas. A Eugen le inquietó mucho este frenético movimiento.

–Cuanto antes vaya al grano, mejor –otra vez era la de la izquierda quien le hablaba.

–Eso, eso –volvió a intervenir la de la derecha–. Mejor para usted y... para nosotras –y miró a sus compañeras.

–No estamos aquí para perder el tiempo, eso lo entiende, ¿no? –dijo por fin Ludmila Štěpánka, quien a pesar de ir ataviada con mayor elegancia de la habitual, era perfectamente reconocible por el cesto de naranjas que había junto a su gran carpeta, de la que sobresalían algunos legajos.

–Por supuesto, por supuesto... –respondió Eugen; pero ya estas pocas palabras le parecieron demasiadas.

–En fin, usted dirá –la mujer de la derecha volvía al ataque.

–Sí, sí, ¿por qué no empieza? –ahora era la de la izquierda.

–No tenemos toda la mañana, ¿sabe? –arguyó Ludmila Štěpánka, visiblemente molesta.

Había tomado una naranja del cestillo y parecía que se disponía a arrojársela.

–Mi nombre es Eugen Salmann y soy un agente de Stifter –comienza Eugen al fin, azoradísimo por esta situación de premura con la que no contaba.

001-424 Contra la juventud.indd 34 27/11/2014 15:44:45